

# Arremetidas

■ ■ J.R.M. Ávila\*

**A**hí están de nuevo. Golpean en la ventana del patio, huyendo de nadie sabe qué. Los buscamos, los vemos, los ahuyentamos, pero no se espantan. Si intentamos apresarlos, se refugian en el fresno.

Regresamos a la casa y reanudan el golpeteo. Si no dejamos que entren, romperán el vidrio. Nos ven salir y se retiran cautelosos, vigilantes. Retiramos la mosquitera, dejamos abierta la ventana, volvemos a la casa, nos desentendemos.

“¿Qué es ese ruido?”, dice papá desde su cama cuando arremeten de nuevo contra la ventana, desdeñando la parte libre de la mosquitera. Se levanta para descubrirlo él mismo. Insisten en traspasar el vidrio. Papá niega con la cabeza: “Testarudos y tontos”. Regresa al cuarto, arrastrando las pantuflas. Mientras mamá le reclama por malgastar sus fuerzas, refunfuña: “No me regañes, vieja, ya no soy un niño”, y vuelve a la cama. “¿No sabes de Luisa?”. “No he llamado hoy”.

Las arremetidas no cesan. Ya me tienen harta. “¿Cuándo se quedarán en paz?”. Mamá no alcanza a contestarme porque timbra el teléfono. Mientras contesto, el ruido se esfuma, como si la llamada lo hubiera espantado. Es mi cuñado. Habla con rodeos. Lo escucho atónita. Me preocupa cómo enterar a papá y a mamá. Sé que están pendientes de saber quién habla y lo que me dice.

Cuelgo y me quedo de pie, sin hablar, pero me doy cuenta de que no hace falta. A mis espaldas, mamá solloza quedito. Me doy vuelta y la abrazo. Lloramos casi en silencio, para que papá no escuche. En vano, porque él se ha levantado ya: “Se nos fue, ¿verdad?”.

Se desploma en el sillón, llora con un dolor que nos aprieta la garganta. Lo abrazamos, unimos nuestros llantos. Es la primera vez que veo llorar a un hombre sin importarle que lo vean. En este momento, no hay para él más mundo que la muerte de Luisa. Sé que preferiría morir antes que soportar este dolor. De repente se contiene, me planta un beso en la mejilla y me abraza fuerte.

Es nuestra primera muerte. En el sepelio, papá trata de buscar el lado menos sombrío: “Al menos no ha tenido que llorar la muerte de nadie. Dichosa ella”. Para él, es una carga más fuerte que su propia enfermedad. Repite a cuantos lo visitan que prefiere morir, antes que vivir la muerte de otro ser querido. Todos tratan de convencerlo de que nadie más morirá, pero tiene la convicción de que mentimos para no agravar su enfermedad.

A partir de la ceremonia en el panteón, mamá se resiente de antiguos achaques. Por momentos casi me les uno en la enfermedad. Mamá se recupera a medias y atiende a papá. Pero, no está del todo curada y lo noto. Trato de sacarle plática. Se anima a ratos, pero se cansa más que antes y pasa mucho tiempo dormida.

Un día, mientras preparo la comida, vuelve a escucharse el golpeteo en la ventana. Intentan de nuevo atravesar el vidrio. La mosquitera aún está sin colocar y no había reparado en eso. Ellos tampoco. Parecen ciegos o tontos, insisten en topar en el vidrio. “Ya no son tres”, le digo a mamá y me encamino hacia fuera. “¿A dónde vas?”. “A poner la mosquitera”.

Se refugian en el fresno y permanecen atentos a cómo acomodo la mosquitera en la ventana. Apenas entro, reinician sus arremetidas, chocando una y otra vez en el vidrio sin romperlo. Tal vez creen que es de agua y que pueden sumergirse en ella. Tontos y obstinados, pienso, dándole la razón a papá. Y de repente, cuando menos lo esperamos, abandonan su inútil afán y respiramos aliviadas.

\*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Es la primera vez que intento cocinar el arroz que tanto le gusta a papá, pero quiero que sea una sorpresa y no voy a revelarle que lo he hecho yo hasta que me diga cómo ha quedado. Por eso insisto en llevarle la comida.

Lo encuentro con los ojos abiertos y una sonrisa tranquila. Se ha cumplido su deseo de no vivir otra muerte que la suya.

El dolor invade a quienes convivimos con papá, pero es un dolor tranquilo. Sabemos que es la mejor manera de despedirlo. No es un velorio gozoso ni un entierro con música, pero nadie exagera dolor ni llanto.

Pasan los días y mamá no puede abandonar la cama. No quiere recibir ni a sus amigas. ¿Cómo van a verla así? No, quiere que la recuerden como era antes. La veo con sus ojeras hundidas y negras y entiendo que no quiera visitas. Por eso le ayudo a evitarlas. Ni siquiera tiene ánimos para hojear revistas o seguir viendo telenovelas. No encuentro cómo entretenerla para aligerar su enfermedad.

Inesperadamente dice: “Ya viene por mí, ¿lo oyes?”. No sé a qué se refiere hasta que noto el golpeteo en la ventana. Me dirijo al cuarto del patio y lo veo. Es uno solo. Me quedo inmóvil mirándolo. Intento espantarlo, pero me ignora y regreso al lado de mamá. “Viene por mí”, delira. “No, mamá, son unas ramas del fresno que rozan en la ventana”.

Lanza un suspiro de alivio y cierra los ojos mientras las arremetidas dejan en paz la ventana.